

CONSENSOS Y CONFRONTACIONES

Ricardo Rivadeneira M.

La circunstancia de que algunos políticos parezcan inclinados a buscar consensos y rehuir confrontaciones suele atribuirse a cuestiones de personalidad. Personalidades fuertes, recias, con ideas definidas, preferirán las confrontaciones. Los débiles los consensos.

También suele matizarse: hay tiempos para los consensos y tiempos para las confrontaciones. En cuestiones de Estado deben prevalecer los consensos y en las de Gobierno las confrontaciones.

La cuestión puede plantearse con mayor profundidad si se recurre a antecedentes doctrinarios e históricos.

Don Juan Donoso Cortés, el gran político, diplomático y orador español de la primera mitad de siglo pasado, fué liberal en su juventud, al igual que Pío IX.

Para los detractores del liberalismo, ser liberal en esa época significaba, al menos en el continente europeo, desconocer eficacia legal a las decisiones de las potestadas con existencia real, como el monarca o el pueblo, para radicar el ejercicio de la soberanía en el Parlamento, órgano creado por un modelo de Constitución escrita que llegó a ser clásico. Según ese modelo la soberanía no radicaría en el monarca ni en el pueblo sino en la misma Constitución, que la delega en un cuerpo colegiado, concebido, más que para tomar decisiones, para dar cabida a

interminables diálogos, a debates sin clausura, a "eternos coloquios" entre políticos profesionales. Diálogos, debates y coloquios soportados como mecanismo de escape para que los políticos, de ese modo inofensivo, agotaran sus energías confrontacionales, mientras la burguesía progresaba y se enriquecía en paz.

Pio IX terminó condenando el liberalismo y Donoso Cortés no sólo dejó de ser liberal, sino que se transformó en uno de los inspiradores de una concepción política que, muchos años después de su muerte, el teórico político alemán Carl Schmitt llamó "**decisionismo**", postura que abomina de la palabrería de los políticos y de su incapacidad para tomar las decisiones necesarias para preservar el bien y combatir el mal. Schmitt reivindicó la importancia de Donoso en el desarrollo de las ideas políticas en los últimos cien años.

El bien y el mal para Donoso eran, respectivamente, el catolicismo y el socialismo.

Las sublevaciones socialistas europeas de 1848 terminaron por convencerlo que la hora de las decisiones había llegado. Que era inútil buscar acuerdos, inútiles los debates e inútil el Parlamento, como institución inventada para darles cabida. Admitió que algunos siguieran confiando en las bondades de la democracia liberal para los tiempos normales. El había dejado de creer que existieran tiempos normales. En todo caso, cuando el mal se desencadenaba, como se desencadenó el año 48, arrollando de paso a los promotores de los consensos, Donoso proclamó que prefería "la dictadura de la espada a la dictadura del puñal", esto es, una dictadura militar católica a una tiranía proletaria

socialista.

Pasemos de Donoso Cortés a Chamberlain, el gran indeciso, el promotor de los diálogos de 1938 con Hitler y Mussolini en München. Aquí el tema es más complicado. El mal, cuyo triunfo Donoso pronosticó, como un profeta, se había instalado en Rusia, y desde allí amenazaba al mundo entero. Ninguna fuerza moral parecía capaz de hacerle frente, salvo en España. Sólo Hitler mostraba decisión de mantener a raya el comunismo en el centro de Europa. ¿Influyó en la indecisión y voluntad de diálogo de Chamberlain el drama de tener que optar entre Hitler y Stalin, ambos a la cabeza de vertientes de socialismo ateo? Churchill, su sucesor, pareció mucho más decidido. Es verdad que decidió terminar todo diálogo con Hitler para enfrentarlo con las armas, pero al precio de dialogar, transigir, ceder y consentir frente a Stalin y el comunismo. El verdadero motivo de la indecisión de Chamberlain lo habría explicado Chesterton diciendo que ni el vacilante Primer Ministro, ni la Gran Bretaña de 1938, veían clara la existencia de sólidos valores religiosos y morales, como aquellos en que creía Donoso Cortés, por los cuales valiera la pena que los jóvenes británicos murieran en los campos de batalla.

De la Gran Bretaña de Chamberlain trasladémonos a la España de 1938 y, en cierto modo, al Chile de ese mismo año.

A fines de 1938 asumía en Chile don Pedro Aguirre Cerda, elegido Presidente de la República por el Frente Popular. A la transmisión del mando asistió, como embajador especial, el líder socialista español Indalecio Prieto. Al mismo

tiempo que el Frente Popular triunfaba en Chile, la República española representada por Prieto agonizaba derrotada militarmente por las fuerzas de Franco. En esas circunstancias trágicas para su causa llegó Prieto a Chile. No quiso dar entrevistas. A cambio de ello entregó, para su publicación en nuestro país, cuatro de sus discursos más representativos, incluyendo uno pronunciado en la ciudad de Cuenca el 1º de mayo de 1936. Entregó también un prólogo, especialmente redactado para la edición chilena, en el que trasunta la tristeza del líder político que, junto con vivir el derrumbe de su causa, ha llegado al convencimiento de que la horrible guerra fratricida pudo evitarse si los responsables políticos de uno y otro bando, antes de tomar las decisiones que desataron el enfrentamiento, hubieran gastado algún tiempo para confrontar sus posiciones, en la búsqueda de algún consenso que librara a España de la tragedia.

No nos preguntemos nosotros si el diálogo pudo haber evitado la guerra civil española. Nunca lo sabremos. Preguntémos qué llegó a hacer creer a Indelecio Prieto que así pudo haber sido.

En el prólogo en cuestión alude a los papeles encontrados en la celda de José Antonio Primo de Rivera, el joven líder de Falange Española, cruelmente fusilado por los rojos en Alicante, a los 33 años, al comenzar la revolución. Entre ellos, un comentario al discurso de Prieto en Cuenca, pieza oratoria en la que Primo de Rivera no encontró nada de marxismo y sí muchas de las ideas preconizadas por Falange. Una en especial: la revolución con sentido

nacional. En el prólogo en cuestión Prieto niega con energía que su discurso de Cuenca, pronunciado semanas antes de estallar la revolución, correspondiera a una inclinación tardía suya hacia los valores nacionales de España, pues "lo nacional ha sido siempre musa de mi propaganda y de mi conducta, de todos mis actos".

Luego continúa:

" Aún hay papeles más curiosos entre los que escribié Primo de Rivera en su celda mientras se ensagrentaban las tierras de España, y de ellos conservo la lista autógrafa de un Gobierno nacional que el fundador de Falange ideaba para poner término a tan fratricida contienda, lista en la cual figuro yo como ministro".

Finalmente agrega:

" Data de muchísimo tiempo la afirmación filosófica de que en todas las ideas hay algo de verdad. Me viene esto a la memoria a cuenta de los manuscritos que José Antonio Primo de Rivera dejó en la Cárcel de Alicante. Acaso en España no hemos confrontado con serenidad las respectivas ideologías para descubrir las coincidencias, que quizá fueran fundamentales, y medir las divergencias, probablemente secundarias, a fin de apreciar si éstas valían la pena de ventilarlas en el campo de batalla".

¡ Cuando Indalecio Prieto escribió estas palabras en Chile la revolución había cobrado un millón de muertos en España !

Eso explica que concluya expresando: "Es el sino de España llegar tarde a todas las soluciones. Tardío fué en 1936 el Gobierno del Frente Popular, y tardía puede ser

ahora la condenación solemne y unánime de ciertos delirios".

Por nuestra parte, se nos viene a la memoria otro artículo de prensa de José Antonio Primo de Rivera que probablemente Indalecio Prieto nunca llegó a conocer, porque no leyó, como nosotros, su Obras Completas, libro de nuestra juventud. En él recuerda que muchas veces, mientras los de Falange y los rojos se batían en las calles, en los disturbios que precedieron a la revolución, tuvo clara conciencia que el obrero socialista que le apuntaba con su pistola podía terminar abatiéndolo. Y que ese mismo obrero también podía caer abatido en la misma refriega. Entonces - escribía el líder falangista - ambos se encontrarían en el cielo, y luego de confrontar en paz sus posiciones, descubrirían que se habían matado combatiendo por diferencias secundarias, como normalmente lo son las de naturaleza puramente política.

En las tardías coincidencias entre Primo de Rivera e Indalecio Prieto, colocados en trincheras políticas y bélicas tan confrontadas, podría verse una mera expresión de personalidades ilusas, alejadas de la trágica realidad de la historia. Pero también es posible pensar que fué la fuerza de lo español lo que terminó imponiéndose en ambos. Porque Prieto era rojo, pero rojo español: "Lo nacional ha sido siempre musa de mi propaganda y de mi conducta, de todos mis actos". Y José Antonio era católico decisionista, heredero espiritual de Donoso Cortés, pero decisionista católico y español, no ateo, ni alemán, ni anglosajón. Creía en las decisiones soberanas, pero para él, como buen

español, de cualquier signo, las decisiones soberanas no pueden ser jamás puro arbitrio y, ni siquiera, pura discrecionalidad.

De lo cual es posible concluir que no debiera rehuirse nunca la búsqueda de consensos, particularmente cuando los tiempos son más peligrosos. Salvo cuando más allá de las diferencias no hay nada. Ningún valor, ninguna creencia, ninguna tradición compartida. No existe Dios, no existe Chile, no existe una historia común, no existe un mismo respeto por la vida, por la libertad, por la dignidad. Entonces es inútil buscar consensos. Ahora bien, la historia enseña lo que sigue cuando en un país las posibilidades de consenso se extinguen. Al menos los chilenos y los españoles lo sabemos.